



Armando Rojas

LUIS BUÑUEL el discreto encanto de la burguesía

Si hay algún cineasta fiel a sí mismo es este áspero narrador de sueños. Otros directores —Bergman o Antonioni, por ejemplo— han desviado el lente de sus preocupaciones hacia temas que no fueron originalmente los suyos, los que les dieron renombre de artistas excepcionales. Pero Buñuel, en cambio, ha venido orquestando con distintas y ocasionales variaciones los mismos grandes temas contenidos, explícita o embrionariamente, en sus primeras producciones. No sólo es la temática, sino también, y básicamente, el enfoque, la óptica espiritual, la manera de ver y de hacer ver, los que no han cambiado en él. Rebelaría confesa, marginalidad frente a las convenciones, sostenida y creciente capacidad de sarcasmo, voluntad desmitificadora y tendencia irreprimible hacia el misterio, son algunas de las características de su desconcertante pero incisivo punto-de-vista. Y es así como hoy, a cuarenta años de "Le Chien Andalou", el ojo de Buñuel sigue mirando, con la misma rabia despectiva y la mis-

ma potencia escrutadora, hacia sus enemigos de siempre: la fauna burguesa, la institución religiosa y los tabúes consagrados. Y los mira, como quería André Breton, desde el subconsciente, desde el freudiano mundo del sueño y el instinto, más allá de las fabricaciones, para Buñuel siempre sospechosas, de la razón lógica.

La "zoología" buñueliana

Y he aquí ahora una historia-resumen de buena parte de su filmografía: estos seis burgueses que en la jaula de su discreto encanto se reúnen para desayunar, para almorzar, para cenar —¿qué es lo burgués sino una estilística del comer y beber?—, y que conversan, se cambian de traje, pagan, trafican con drogas, se engañan, fornican, fuman y se explican fatuamente, como Talleyrand con el "fine champagne" de la corte decimonónica, el exquisito arte de tomar un martini. Sí, he aquí el encantador zoológico que Buñuel caricaturiza con un pincel adiestrado por muchos años de sarcasmo, al

final de los cuales su ironía se ha perfeccionado asombrosamente en la capacidad de ridiculizar de mil modos sutiles e implacables.

Pero faltan todavía dos ejemplares para completar la muestra: el clero y el ejército. El primero es un viejo motivo de los cuadros goyescos de Buñuel. Las figuras clericales de sus filmes han ido metamorfoseándose con las circunstancias, sin cambiar de alma hasta cristalizar en este obispo del discreto encanto. Sin las mitras y casullas pomposas de "L'Age d'Or", helo aquí convertido en jardinero de la mansión burguesa. A Buñuel no parecen conmovérsele los cambios de estos últimos años —y, a decir verdad, ningún otro cambio, ningún tipo de dialéctica histórica—: el señor obispo, así se vista ocasionalmente de jardinero (para cuidar, después de todo, las flores de la burguesía), come y bebe con los ricos, bendice su pan, habla con sus palabras y gestos y, en fin, fraterniza con ellos. Aun cuando tenga absoluciones y sacra-

mentos para los pobres, de hecho los asesina con sus discretas alianzas.

Otro aliado natural del discreto encanto viene a completar la escena. Se trata del ejército (y su sombra, la policía) que está mirado en esta película con un lente nuevo. Será la neblinosa realidad del sueño la encargada de mostrarnos lo que para Buñuel está hoy detrás de esas instituciones seculares que son las "fuerzas del orden"; la necrofilia, el odio a la vida, el "miedo a la libertad" —para utilizar la expresión de Fromm— son los secretos fantasmas que se mueven subterráneamente en la subconsciencia colectiva del ejército y la policía. El mal disimulado fascismo de la autoridad, el culto al orden, al control, a la represión y a la sangre, así como el refinamiento increíble en materia de tortura y exterminio, son frutos de esos sueños de muerte que recorren las mentes militares y se pasean, sigilosamente, por las cárceles policiales.

La verdad está en los sueños

Y ya que hablamos de sueños, digamos que nunca el surrealismo de Buñuel había sido tan lúcido y tan elegante como en esta película. Esa malla de sueños que constituye la estructura impalpable del filme, dentro de la cual la realidad consciente está como filtrada por imágenes oníricas que delatan lo que los personajes callan u ocultan, demuestra hasta qué punto Buñuel está anclado en sus iniciales convicciones. A partir del momento mismo de sus primeras realizaciones, en las cuales trataba de lograr un universo de sugerencia emocional allende lo inteligible racional, este maestro de la imagen ha tenido en el surrealismo y en su antepasado teórico, el freudismo, dos de sus inalterables y profundas raíces, afincadas más y más con el tiempo.

Quizá sea esta perseverancia —que es también, por otro lado, cierta terquedad hispánica— en el manejo de sus materiales de siempre, la que ha convertido al cine buñueliano en ese objeto intransferiblemente suyo, maravilloso y doliente, que hoy todos admiramos.